

## LOS BAROJA EN LA SIERRA DE ALBARRACÍN

*Francisco Lázaro Polo*<sup>1</sup>

Varios son los artistas de esa generación de fin de siglo, también conocida como noventayochista, entre la que encontramos los nombres de Ricardo y de Pío Baroja, que sintieron una gran pasión - curiosa, debido a sus orígenes periféricos - por los paisajes de los pueblos, algunos casi perdidos, del interior de España. Del mismo modo, los artistas finiseculares fijaron sus ojos con gozo y regocijo en tipos, frecuentemente extraños y marginales, que habitaban los paisajes citados. En esos paisajes, que tantas veces transitaron, como sus padres, los románticos, y sus abuelos, los ilustrados, y también en los paisajes buscaron la esencia de una nación decadente, sus ideas madres, la explicación eterna de su devenir histórico. Seguramente, han sido los hermanos Baroja, Pío y Ricardo, dos de los vascos más ilustres que han pisado las tierras turolenses, convirtiéndolas en escenarios de sus creaciones o de sus vivencias. Ricardo Baroja Nessi es famoso por una valiosa obra pictórica, por sus impresionantes grabados y por una aceptable obra literaria. Su hermano, Pío, del que este año se cumple el cincuenta aniversario de su muerte, es, por antonomasia, el novelista de la Generación del 98 y uno de los mejores narradores de la literatura española.

Por un año - había nacido el doce de enero de 1871 -, Ricardo era mayor que Pío. El pintor no nació en el País Vasco, sino en tierras onubenses, concretamente en la localidad minera de Río Tinto, muy cerca de donde once años más tarde había de nacer el pintor, Vázquez Díaz, el artista llamado a inmortalizar uno de los momentos más gloriosos de la historia nacional: el Descubrimiento de América. La accidentalidad del nacimiento andaluz fue debida a la profesión paterna, la Ingeniería de Minas, carrera que también Ricardo inició, pero que abandonó pronto debido a una enfermedad. En Madrid estudió en la Escuela Superior de Diplomática. Estamos en 1896, una fecha en la que el pintor emprende, junto con su hermano Pío, la desastrosa aventura de la panadería madrileña. Las experiencias de la tahona quedarán recreadas en algún episodio, sensiblemente metamorfoseado, de *La Busca*. Ni Pío ni Ricardo tenían madera de negociantes, siendo como eran artistas. Por eso la experiencia de la panadería madrileña no satisfizo a ninguno de los hermanos, llegándoles a producir numerosos quebraderos de cabeza e incluso enfrentamientos con los empleados que tenían. Será a raíz del fracaso mercantil cuando Ri-

---

<sup>1</sup> Profesor de Enseñanza Secundaria.

cardo ingrese en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, para opositar después a la Sección de Museos Arqueológicos<sup>2</sup>; y cuando Pío decida dedicarse exclusivamente a la creación literaria.

Tras las oposiciones, su experiencia inmediata nos la cuenta Ricardo en un libro escrito en 1944, cinco años después de terminada la Guerra Civil. La obra lleva por título: *Gente del 98*. El capítulo XXVII aparece como *Otros Relatos*<sup>3</sup>. En él nos dice el mayor de los Baroja que no puede ejercer su oficio en la capital de España. Todos los puestos de Madrid están ocupados, apostilla, siguiendo la estética del impropio que Ortega y Gasset atribuía a su hermano Pío, "... por recomendados de los que mangoneaban en el Ministerio...". Se refiere al de Instrucción Pública. Por eso, continúa escribiendo el artista vasco, "... fui destinado al Archivo de Hacienda de Teruel". *Es lo mismo que si a un médico le envían a defender pleitos*". Desde su punto de vista, resulta evidente que su misión no resulta muy alentadora, sino todo lo contrario, más bien decepcionante: "Mi misión había de consistir en catalogar documentos tan arqueológicos como cédulas personales, las cuentas de la contribución o la renta de tabacos.". Antes de tomar posesión de su puesto en Teruel, Ricardo Baroja había ocupado destinos en Cáceres y Bilbao. Su experiencia turolense duró unos cuantos meses y, al parecer, no fue muy gratificante.

### ¡Viaje extravagante!

Con este título define el pintor las peripecias que debe sortear para llegar a Teruel. Nos encontramos en el año 1900 y el ferrocarril, en las sierras y altiplanos turolenses, aún parece un sueño. La reivindicación permanente de este medio de locomoción por parte de los escritores regeneracionistas del terruño era una constante. El tormentoso viaje se inicia en Madrid, desde donde Ricardo Baroja se dirige a Cuenca utilizando la línea férrea. Una vez en la capital manchega, el artista se ve obligado a tomar la diligencia.

En el viaje a caballo coincide con un joven que corta pinos en los Montes Universales. El mozo concluye el trabajo arrojando los troncos a los arroyos que conducen hasta los ríos Tajo y Júcar. Conforme pasan las horas, Ricardo Baroja descubre que el maderero resulta un donjuán. En todas las posadas, en las que para la diligencia, el muchacho muestra sus dotes de seductor cuando se despide de alguna moza bien plantada: "En todas las posadas ocurría algo por el estilo; el cochero echaba un trago y el maderero se despedía con ternura de una moza o de la mesonera".

---

<sup>2</sup> Pío Caro Baroja, *Imagen y derrotero de Ricardo Baroja*, Euskolauraritza-Gobierno Vasco, 1987.

<sup>3</sup> Citaremos de la edición publicada en Madrid, Editorial Cátedra, 1998.

La diligencia sigue abriéndose camino por las parameras conquenses y llega a Salvacañete. En la localidad le advierten al pintor que debe atravesar la sierra para llegar a Albarracín. Una vez allí, ya puede tomar el camino a Teruel. Don Ricardo, sin embargo, no parece tener prisa por llegar a su destino. Al menos, así nos lo hace saber: "*¡Bah! El Archivo de Teruel y sus papeles pueden esperar*". Alguna razón, sin embargo, esconde el donjuán maderero, para que el archivero, cuanto antes, recale en la ciudad de las torres mudéjares. Quizá el temor a una posible competencia, por parte del artista vasco, en lo que se refiere a las mujeres, objeto de sus sucesivas conquistas amorosas. Amable, desinteresada y solícitamente, el talador de pinos tiene la habilidad de conseguir un guía para don Ricardo. Un tal Pedro, natural de Ademuz, será el encargado de conducir al funcionario vasco hasta Albarracín. Dos pesetas por su jornal, la manutención y otras dos pesetas por la caballería, amén del pienso de algarroba, resulta un precio más que razonable para dejarse acompañar por parajes escabrosos y solitarios.

Guía y viajero parten de noche. Al día siguiente, sobre mediodía, llegan a Toril. Allí comen y beben vinazo negro, en porrón, como corresponde. Una contingencia se palpa en el ambiente. Cobra cuerpo cuando el guía decide abusar de la bebida y termina emborrachándose. Conforme aumenta su don de la ebriedad, la lengua se le desata hasta terminar confesando a don Ricardo que él nunca ha estado en Albarracín. Eso viene a explicar ciertos despistes que se han producido a lo largo del itinerario. Una vez oída la confidencia sincera, el artista monta en cólera y abandona al guía irresponsable, dejándole con la única compañía de la pesadumbre de su estado etílico, profundamente dormido en el camino. A la mañana siguiente, sin embargo, el inconsciente pícaro recibe el salario acordado a través de la posadera de Albarracín. No cabe la venganza en la cabeza de un caballero en cuyas venas corre la sangre vasca contra el que, arrepentido, pide humildemente perdón. Porque eso es lo que hace el truhán de Ademuz.

Ricardo Baroja llega solo, pues, a Albarracín; ya que Pedro se ha quedado durmiendo la borrachera. Pronto la noche envuelve con su manto la ciudad. La posada de Narro resulta un buen lugar para pasarla. En el citado local, en medio de un ambiente tenebrista, un hombre extraño cena valiéndose para ello de una cuchara de boj. Se trata de un pintor, acuarelista inglés. Su colega, el vasco recién llegado, lo acompaña en el ágape. Sobre la mesa destacan unos sabrosos huevos fritos que se codean con unos torreznos no menos suculentos. Ambos, Ricardo y José Sttanford Gibson, que así se llamaba el inglés, hablan como no podía ser de otro modo de pintura: "*... dando saltos enormes, de Venecia a los impresionistas; de Florencia a los retratos greco-egipcios del Fayani; de Velázquez y el Greco a los prerrafaelistas ingleses.*".

Sttanford termina la conversación noctámbula recomendando a Baroja que pinte tipos de Albarracín, tipos de esa España profunda que tanto encantaban a los no-

ventayochistas, como: "... el canónigo Machacoses, modelo que Goya hubiera pintado a gusto; el señor Paco, el del Arrabal, buen tipo para retratos de género, con sus calzones, su chaleco con botones de oro, su faja y el zorongito liado a la cabeza. Luego, la misma señora Francisca, la posadera". Y don José, el acuarelista inglés, - piensa Ricardo -, figura preferida, como sería, para El Greco, ese artista toledano por el que sentían tanta devoción los escritores de fin de siglo. Tras la cena y terminado el coloquio de sobremesa, ambos pintores salen a la calle. En ella reina una atmósfera extremadamente poética. Baroja y Sttanford pasean por la inolvidable ciudad: "Había salido la luna y su reflejo se mezclaba en el remanso de la presa con los de las luces altas del pueblo, edificado sobre un risco". Los dos no paran de hablar. De ahí que el artista vasco llegue a conocer, ya que este se lo cuenta, que el pintor inglés lleva varios años en España. Sttanford pasa la mayor parte del invierno en Madrid, pero, al asomar la primavera, regresa a Albarracín, una ciudad tan entrañable para él. En ella busca la inspiración de las musas o de las prodigiosas ninfas que moran en las aguas del Guadalaviar. Una especie de duende misterioso intuye el inglés en este lugar perdido en el corazón de España. Además: "... Aquellas casas con muros de ocre dorado, con puertas de añil y ventanas ribeteadas de cal le parecían la quintaesencia de lo pintoresco. Los riscos cobrizos y los pinos centenarios eran también motivo de sus acuarelas". José Sttanford huía, cada día más, de la fealdad del mundo, de la contaminación y de su masificación. Buscaba la paz y la tranquilidad, cierto misticismo. Por eso venía a Albarracín desde hacía la friolera de veinte años. El pintor tenía muy en cuenta aquello de que: "... en España hay dos pueblos admirables: uno, Fuente-rrabia; otro, Albarracín". Con pasión, pontificaba el inglés: "¡Son dos hermosas mujeres españolas!

Ambos artistas, el español y el inglés, recorren, en medio de aquella noche tan singular, las calles de la ciudad. Al día siguiente, antes de que Ricardo Baroja parta para Teruel, donde lo espera su destino de archivero, ambos también visitan juntos las pinturas rupestres de la contornada. Algunas de estas obras, como asegura Es-crich, un personaje bohemio del que nos habla Pío Baroja, hermano de Ricardo, en *La Venta de Mirambel*, debían de contemplarse a la luz del sol.

Los recuerdos de Albarracín surgirán años después cuando Ricardo y José Sttanford se encuentren en Madrid. Cuando eso ocurre, el inglés ha envejecido mucho y parece triste. Por él Baroja sabe que Narro, el dueño de la posada en la que ambos se hospedaron, había sido nombrado alcalde. El relato en el que Ricardo nos narra su extravagante viaje de Madrid hasta Teruel termina dejándonos un regusto amargo, si bien entreverado con una pizca de nostalgia morbosa. No debe extrañarnos este ambiguo y contradictorio efecto que se desprende de la prosa del artista vasco, máxime cuando por muchos es conocida su afición a representar, en su obra pictórica, escenas callejeras y de la vida pobre, anegadas de amarga páti-

na. " *Hace años - escribe Ricardo - mi hermano Pío hizo un viaje por el Bajo Aragón y se detuvo en Albarracín; preguntó por el pintor que le había servido de modelo para un personaje de su novela El Mayorazgo de Labraz; y le dijeron que don José Sttanford Gibson, acuarelista inglés, había muerto* ".

En los primeros años del siglo XX fue cuando Ricardo Baroja anduvo, por imperativos de trabajo o por su afición excursionista, recorriendo España, de posada en posada, entre arrieros y madereros, chalanes, mozas de mesón y de partido, camas altas y duras, caballos, diligencias y chimeneas bajas. Toda esta imaginería la fue grabando en su cerebro, de tal manera que muchos años más tarde, tuerto y viejo, la sacará con frescura del baúl de sus recuerdos para verterla en sus pinturas y agua-fuertes. Será, precisamente, con esta técnica con la que el artista construya "*Interior de una posada*", obra que pertenece a la popular serie *Escenas españolas*. Esta lámina fue catalogada en la Exposición Homenaje de 1957, con el número 134. Se trata de una estampa barojiana que podría pertenecer a la ilustración de la novela *El Mayorazgo de Labraz*. Representa el rincón de una posada - ¿tal vez la de Narro, la que conoció en Albarracín?-, con unos campesinos sentados sobre unos bancos largos sin respaldo alrededor de una mesa rústica de madera. Explica Pío Caro<sup>4</sup>, sobrino del pintor, que uno de los personajes representados recuerda la imagen del aguafuertista, que conversa con un misterioso personaje de larga capa y ancho sombrero. De pie y con un cantarillo de barro en la mano derecha figura un arriero de aspecto torvo. Aventura Pío Caro Baroja que la estampa puede estar inspirada en algún recuerdo de aquel famoso viaje – extravagante – que Ricardo hizo por Albarracín para incorporarse como bibliotecario en el Archivo de Hacienda de Teruel. Tal vez el cuarto personaje de la escena española sea Pedro, el de Ademuz, que, sentado en la mesa, escucha en silencio la conversación. De tema turolense, proveniente del viaje extravagante, podría ser también otro aguafuerte que, igual que el anteriormente citado, forma parte de las costumbristas escenas españolas: "*Patio de una casa de labranza*"<sup>5</sup>.

### Con aire de ciudad importante

Ciertamente, como nos asegura Ricardo Baroja, su hermano, Pío, también recorrió como él la Sierra de Albarracín. Debió de ser en los últimos años de la segunda década del siglo XX, dato que se desprende claramente de la lectura del prólogo de la barojiana novela *La nave de los locos* (1927). Es allí donde el escritor vasco nos

---

<sup>4</sup> Ob. Cit., p. 301

<sup>5</sup> Ibidem, p. 316.

habla de tres amigos que realizan el viaje a tierras turolenses. Uno cultiva el ensayo filosófico y, sin duda, se refiere a Ortega y Gasset; el otro es especialista en cuestiones pedagógicas y debió de ser el profesor Cereceda, personaje al que también alude en sus *Memorias*. El último al que menciona es él mismo, cultivador de novelas, con o sin prólogos doctrinales. En este viaje, los tres excursionistas visitarán la Sierra de Albarracín y las tierras del Maestrazgo.

En *La nave de los locos*<sup>6</sup>, un personaje del que se sirve el autor para contarnos sus propias experiencias, Alvarito Sánchez de Mendoza, realiza dos viajes por España, auténtica nave de locos. En uno de ellos, el personaje en cuestión se dirige a Cañete, en Cuenca, con el objetivo de cobrar una herencia de su abuelo materno. No está de más recordar que por esas tierras había transitado, camino de Teruel, Ricardo Baroja. En su recorrido, Alvarito pasa por diversos lugares de la geografía turolense, como Orihuela del Tremedal: "... un pueblo blanco, con aire andaluz o valenciano, con bastantes calles y la plaza con una fuente en medio". Asimismo, Baroja alude, en la descripción de esta población turolense, al santuario de la patrona del lugar, la Virgen del Tremedal, y a esos enigmáticos accidentes geográficos que abundan por aquellos parajes como son los tremedales o tembladeras: "... lugares cenagosos de turbas que tiemblan y engañan, pues parecen firmes, y en ellos puede desaparecer a veces hasta un hombre a caballo".

En la posada de Orihuela, uno de esos espacios que tantas veces plasmó Ricardo Baroja en sus aguafuertes de la serie *Estampas españolas*, una posada "... grande, anclada, con zaguán ancho, seguido de un pasillo y puertas azules", Alvarito tiene la ocasión de escuchar la historia trágica que narrará un saludador. Su oficio consiste, según cuenta, en sanar bestias y personas a través de conjuros aprendidos en libros. El personaje es un excombatiente de las guerras carlistas y relata una historia de venganzas, celos, amores y desamores, pero siempre de final trágico. El tipo volverá a aparecer en las *Memorias* de Pío Baroja, concretamente en la sexta parte, donde es calificado de "*mendigo siniestro*", uno más de esa fauna de tipos oscuros que aparecen reflejados en las trilogías novelescas del narrador vasco. No está de más señalar que el oficio de saludador es uno de esos que siempre ejercieron una gran fascinación en Pío Baroja. Por él se interesó en su etapa como estudiante de Medicina en Valencia en los últimos años del siglo XIX. De hecho conoció a unos cuantos miembros de este gremio, tanto mujeres como hombres. También el ocultismo, relacionado con la profesión mencionada, será una de las aficiones del escritor.

---

<sup>6</sup> Utilizamos la edición publicada en Madrid, Editorial Cátedra, 1989.

Volviendo a la peripecia narrativa de Alvarito, protagonista de *La nave de los locos*, señalaremos que, en su camino hacia Cañete, divisa la ciudad de Albarracín, que se encuentra situada: "..., sobre cerros blancos y amarillentos, en un cielo azul, tachonado de nubes como bloques de mármol". La primera impresión que le produce esta visión es que se halla ante una ciudad importante y grande. En Alvarito se entremezclan la admiración y el desconcierto<sup>7</sup>. Cuando esto acontece es el día de Jueves Santo. No se ve un alma por la calle: "*Aquel pueblo trágico, fantasmático, erguido en un cerro, con aire de ciudad importante, con catedral y sin gente en las calles, ni en las ventanas, ni en las puertas, le produjo enorme sorpresa*". En un café pequeño, Alvarito tiene la ocasión de contemplar a una serie de tipos pintorescos, como los que Sttanford, el acuarelista inglés, había sugerido que pintase a Ricardo Baroja en la posada de Narro. Tipos como el boticario del lugar, un maestro famélico y un tejedor al que llamaban *El Epístola*, hombre que había vagabundeadado por España y trabajado en Lyon, sansimoniano metafísico, amigo de divagar, pero que se explicaba de una manera original cuando reflexionaba acerca de los vicios y de las enfermedades de España y de los españoles. Regeneracionismo.

Si Narro y el acuarelista inglés habían sido los cicerones de Ricardo Baroja a su paso por la ciudad de Albarracín, el mencionado boticario lo será de Alvarito. El farmacéutico le muestra al forastero la casa mejor del pueblo, con leyenda incluida; casa que seguramente corresponde a la de la virtuosa Brigadiera, mansión del general Navarro, situada en la Calle Mayor, hombre éste que había combatido en la Guerra de la Independencia y en América y para el que la ordenanza y la disciplina eran lo principal. Se trata de una casona inmensa, en la que todo es grande: habitaciones, cocina, chimeneas... Allí, Alvarito tiene la oportunidad de conocer a otro personaje curioso: el señor Golfín, profesor de Física del Instituto de Teruel, que se encuentra pasando en Albarracín las vacaciones de Semana Santa. Con él recorre los alrededores de la ciudad, "... *despoblados, desnudos, de una terrible soledad*". El profesor le muestra las murallas de la ciudad y las colinas de peña caliza por entre las que se desliza el río Guadalaviar.

---

<sup>7</sup> J. Villalba Sebastián, "*Paisajes turolenses en dos obras de Baroja*" en revista *Teruel*, núm. 74, Julio-Diciembre, Instituto de Estudios Turolenses, 1985.